

LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA

El tema que afrontaremos hoy lleva como título “*Las parábolas de la Misericordia*”. Se trata de una serie de parábolas mediante las cuales Jesús hace comprender a sus interlocutores el nuevo rostro de Dios. Nosotros no somos capaces de comprender en todo su alcance la novedad traída por Jesús en lo que se refiere a la relación entre los hombres y Dios. Desde siempre, en la historia de las religiones los hombres han intentado alcanzar a Dios, un Dios que era la proyección de los temores de los hombres, de sus ambiciones y de sus frustraciones, y esto había hecho que Dios se mantuviera alejado e inaccesible a los hombres. Éstos, así pues, para llegar hasta este Dios, se debían separar de las otras personas por medio de la participación en ritos y plegarias continuas, a través de estilos de vida específicos. El hombre, en otras palabras, se debía elevar para alcanzar a Dios, pues se pensaba que estaba muy en alto.

Pero a través de la predicación y la vida de Jesús aparece en escena un Dios que se hace hombre, plenamente hombre, un Dios que asume el semblante y la identidad de un hombre profundamente humano. Y cambia por ello la relación del hombre con la divinidad. Si hasta entonces el hombre tenía que elevarse para ponerse a la altura de la divinidad, con Jesús solo se produce el encuentro cuando el hombre se humaniza plenamente. No se trata ya de separarse del resto de las personas para entrar en contacto con la divinidad; cuanto más humano es el hombre, más descubre la dimensión de vida divina que hay en él. Y como comprenderéis, este descubrimiento está al alcance de todos, no es privilegio exclusivo de ciertas élites más afortunadas.

Mientras que en el ámbito de la religión ritual llegar al encuentro con Dios quedaba reservado solo a algunos escogidos, aquellos privilegiados que se podían permitir una vida de oración, un estilo particular de ascesis o santidad, de elevación, con Jesús en cambio la posibilidad de encontrarse con Dios pasa a estar a disposición de todos. ¿Cómo se encuentra a Dios?: haciéndose profundamente humanos. El Dios de Jesús es profundamente humano y solo quien lo es – independientemente de su credo religioso, de su conducta – lo puede encontrar. La primera de las dos parábolas que veremos estos días es la parábola del Samaritano, que Lucas nos propone en el capítulo décimo de su Evangelio; es una Parábola importantísima, que si es entendida de la forma adecuada, posee la capacidad de transformar no solo la relación de los hombres con Dios, sino asimismo la relación de los seres humanos entre sí, con los propios hermanos.

Cuando se lee un trozo del Evangelio es preciso ubicarlo en su contexto preciso, o sea, en aquél lugar donde el evangelista lo colocó con toda intención, porque solo de ese modo se puede llegar a comprender su significado. Veamos cuál es el contexto del capítulo diez de Lucas. Jesús había invitado a los Doce, número que representa a Israel, a anunciar el Reino de Dios, pero todo había acabado en un fracaso completo. Les había cultivado, enseñado, les había aleccionado, sin descanso les había ido poniendo al día de las cosas de Dios Padre, pero cuando les envía a anunciar la buena noticia, los apóstoles fracasan estrepitosamente. ¿Por qué? Porque en su cabeza no había lugar para el Reino de Dios, todo lo que ellos ansiaban era la edificación del Reino de Israel. El evangelista hace comprender que cuando la persona es dominada por la ambición, por el ansia de

dominio sobre las otras personas, se hace refractario al anuncio del mensaje de Jesús, pierde la capacidad de acogerlo.

¿Qué significa Reino de Dios? Es aquella realidad en la que el amor de Dios se expande universalmente, o sea, no se limita a una nación, a un pueblo, sino que se propone llegar a todas las personas. Lamentablemente, los Doce no saben pensar de esta manera. Los sentimientos de ambición y de grandeza los bloquean en torno al reino de Israel, frenando su crecimiento. En la otra obra que escribió el mismo Lucas, los Hechos de los Apóstoles, hallamos un episodio que puede ser considerado de tragicomedia: Jesús muerto y resucitado toma aparte a los Doce y durante cuarenta días instruye sobre un único tema: el Reino de Dios. Al cabo de este periodo de tiempo, uno de los discípulos dice: “¿Cuándo vas a restaurar el Reino de Israel?”. Es ésta la única preocupación que ellos tienen en la cabeza.

Así pues, Jesús ha enviado a estos doce a anunciar el Reino de Dios, pero su fracaso ha sido total. No han comprendido aún que con Jesús Dios se ha puesto al servicio de los hombres. Siguen pensando con categorías antiguas, y no solo esto, su cerrazón alcanza extremos graves: de hecho pretenden impedir de forma arrogante la acción de quienes intentan difundir el mensaje de liberación fuera de su grupo. Se dirigen a Jesús y dicen: “*Hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos impedido, porque no pertenece a nuestro grupo*”. Aquí se manifiesta la arrogancia del grupo que pretende tener la exclusiva del mensaje de Jesús. Otros expulsaban demonios, ellos no lo han conseguido pese a que Jesús les había dado la capacidad. ¿Por qué? Porque estaban poseídos por el demonio de la ambición, de la superioridad y del dominio sobre los demás. ¿Cómo puedo liberar a una persona si yo no soy libre? Ellos no solo no liberan a nadie, sino que además intentan impedirselo a quienes lo consiguen hacer.

Visto el fracaso de los doce, Jesús reemprende la marcha rodeado ahora de otro grupo de seguidores. Los números en los evangelios tienen siempre un significado no matemático, sino figurado. Doce representa al pueblo de Israel, que era representado por las doce tribus. Ahora Jesús opta por enviar no a doce, sino a setenta y dos discípulos. ¿Qué quiere decir el número 72? Indica los pueblos de la tierra, conforme al cómputo que encontramos en el libro del Génesis. O sea, estamos ante discípulos que no provienen de Israel, sino del ámbito pagano. Estos, que no están ligados a la idea de predominio por parte de Israel, desempeñan con éxito su misión y vuelven llenos de alegría. Y le dicen a Jesús: “*Señor, hasta los demonios se someten a nosotros en Tu nombre*”. Y a este respecto, Jesús exclama: “*Yo veía a Satanás caer del cielo como rayos*”. Esta expresión de Jesús es muy importante, porque presenta su victoria decisiva sobre Satanás, que queda derrotado para siempre. Para una correcta comprensión de esta figura es menester encuadrarla en el marco de la cultura de la época. ¿Quién era entonces Satanás? No se trataba del diablo como después interpretaron los cristianos. Satanás era un funcionario de Dios, uno de los elementos de su corte angelical y que desenvolvía el papel crucial de inspector a las órdenes de Dios. Vivía habitualmente en el cielo con Dios y de vez en cuando descendía a la tierra, inspeccionaba minuciosamente el comportamiento de las personas y cuando hallaba a alguien culpable de algún delito, regresaba al seno de Dios para referirle la conducta de dicho individuo y obtener el permiso para condenarlo y castigarlo. Esta era la función de Satanás: acusar a las personas.

Tratemos ahora de comprender por qué Jesús dice: “*Yo veía a Satanás caer del cielo como rayos*”. Usa esta expresión porque Jesús es un Dios completamente distinto e infinitamente distante del Dios de las religiones, creadas por los hombres. Esta es la característica decisiva de Jesús que el evangelista Lucas nos presenta. En todas las religiones Dios premia a quien observa sus leyes, pero castiga siempre a los malvados. Pero en realidad no es Dios, sino los sacerdotes los que atribuyen esta función a Dios a fin de obtener de la gente una fiel sumisión a sí mismos.

Así es. Para hacer respetar su voluntad, manifestada en sus leyes, un rey tiene un medio muy eficaz: dispone de soldados que vigilan la observancia de los preceptos, controla un ejército, posee armamento. Por tanto, sobre aquellos que no obedecen recaen sanciones en forma de cárcel u otras penas. Pero los sacerdotes, la casta sacerdotal, ¿qué instrumento posee para obtener la obediencia de la gente, si no la imagen de un Dios que infunde miedo? He aquí por qué el Dios de las regiones suscita temor, para hacer que los sacerdotes impongan su voluntad como voluntad de Dios. Porque si un sacerdote admite que determinada normativa es idea suya propia, los fieles pueden responderle con el rechazo, pero si afirma que es la voluntad de Dios, las cosas cambian notablemente. Y aunque resulte difícil, la gente se ve obligada a observar la prescripción, pues de lo contrario se arriesgan a tener que afrontar cosas malas, y las personas tienen miedo de transgredir las leyes.

Por consiguiente sucedía que leyes humanas – aquellas de las que Jesús dirá: “*Tradiciones vuestras, inventadas por vosotros*”, eran presentadas como voluntad de Dios. Y para hacerlas observar se prometía un premio a quien lo hacía, pero sobre todo se amenazaba con castigos temibles a quien las transgredía. Así estaban las cosas: en todas las religiones Dios premia a los buenos y castiga a los malvados. Es ésta la fuerza de la religión y el arma que emplea para someter a las personas. Y el castigo de Dios que se anunciaba resulta tremendo porque dura por toda la eternidad, a diferencia de las penas humanas, que a lo sumo pueden terminar con la existencia. La punición de Dios dura para siempre.

Jesús, enviando a proclamar su mensaje a los setenta y dos discípulos, que son libres de esta ideología perniciosa que preveía el dominio de Israel, obtiene el efecto que deseaba: Satanás, el acusador, “se precipita y cae del cielo”, porque su función de acusar a los hombres ante Dios ha quedado obsoleta e inútil ante el nuevo rostro de Dios que los discípulos presentan. El Padre de Jesús es un Dios-Amor que no conoce otra forma de relacionarse con las personas que no sea la de una comunicación incesante de este amor. Es un Padre que no premia a los buenos y castiga a los malvados, sino que comunica a todos, independientemente de su conducta o comportamiento, su amor desbordante.

De este modo, ¡el pobre Satanás pasa a formar parte del grupo de los desempleados! Es inútil que vaya a Dios y le diga: “*Tal persona se ha comportado así de mal, ¿no lo castigas?*”. No, ¡Dios no castiga! Por este motivo decía Jesús que veía a Satanás caer desde el cielo como un rayo. Y es en este momento cuando escribe el evangelista: “*En esa misma hora, Jesús exultó en el espíritu y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los doctos, y se las has revelado a los pequeños. Seas alabado, Padre, porque así lo has querido en tu bondad*”. ¿Qué es lo que han comprendido los pequeños, representados por los setenta y dos discípulos que han ido a anunciar el Reino de Dios? Han

comprendido una verdad profunda que es exclusiva del mensaje de Jesús: que Dios no excluye a nadie. Es la religión la que ha inventado el pecado para inculcar el sentimiento de culpa en las personas y poderlas así dominar. Es la religión la que excluye a las personas porque para su supervivencia tiene necesidad de dividir a las personas entre meritorias y no meritorias, justos e injustos, puros e impuros. Es la religión la que dice a las personas: *“Tú por tu conducta no puedes acercarte al Señor. Por tu situación no tienes derecho ni siquiera a dirigirte a él”*.

El mensaje de Jesús da al traste con todo esto. Dios es amor y su amor quiere derramarse sobre todas las criaturas y ninguna persona se puede sentir excluida. Hay una expresión muy hermosa que hemos de tener siempre presente, y es la constatación estupefacta que hace Pedro tras su desconcertante encuentro con el centurión pagano Cornelio. Pedro ha comprobado que el mismo Espíritu Santo que le fue concedido a él y a los demás discípulos ha descendido sobre una persona pagana, o sea, una persona considerada alejada de Dios. Pedro queda lleno de estupor: ¿cómo es posible que el espíritu de Dios fije su morada en una persona excluida del amor de Dios? Y, por si fuera poco, no ha descendido sobre el pagano una vez que éste se ha convertido o cuando ha prometido cambiar su religión o su conducta. No. Ha bajado sobre él de forma gratuita e incondicionada, sin exigirle cambio alguno. Entonces un sorprendido Pedro pronuncia esta expresión que ha sido recogida en los Hechos de los Apóstoles: **“Dios me ha demostrado que ningún ser humano debe ser considerado impuro o contaminado”**.

Esto es una bomba: la religión basa su fuerza en la división entre puros e impuros, pero Dios demuestra que nadie puede ser juzgado impuro por su conducta ni inmerecedor del amor de Dios. ¡Es el final de la religión! La amenaza de castigos eternos carece ya de sentido. Por consiguiente, el Dios que desprecia a las personas, el Dios que las excluye no es el verdadero Dios, sino una falsedad inventada por la casta sacerdotal en aras del propio dominio y del propio prestigio. No siendo capaces de proponer propuestas convincentes, tiene necesidad de obligar a cumplir sus leyes mediante la amenaza y el miedo. He aquí la diferencia del mensaje de Jesús con el mensaje de las leyes: el mensaje de Jesús es una invitación que él hace, una propuesta a las personas de algo que llena sus vidas. Y cuando se invita a optar por algo bueno no se debe, obviamente, amenazar.

El mensaje de Jesús es un ofrecimiento de plenitud de vida. La ley no. La ley impone reglas, muchas veces contrarias a la lógica o a la razón, imposibles de ser comprendidas a nivel racional, y por esto tiene necesidad de imponerlas mediante amenazas o castigos. Jesús, pues, da las gracias al Señor porque los pobres han captado esta verdad profunda, es decir, que nadie puede ser excluido del amor de Dios por su comportamiento, nadie. Los doctores de la Ley, los sabios, por el contrario, no llegarán a comprenderlo.

Mientras Jesús está exponiendo estas cosas tiene lugar un incidente. Uno de los doctos que hemos mencionado le interrumpe, no acepta lo que Jesús está diciendo. Iniciemos la lectura de esta parábola que se halla en el evangelio de Lucas 10,25: *“Y he aquí que...”*, una fórmula que emplean los evangelistas cuando quieren llamar la atención de los interlocutores sobre algo importante: *“He aquí que un doctor de la*

Ley...”. ¿Quién es este hombre? El Evangelio usa otro término para definirles: los *escribas*. Los doctores de la ley o escribas son laicos que dedican toda su existencia al estudio de la Sagrada Escritura. Llegados a una edad venerable, que en aquella época correspondía a los 40 años, mediante la imposición de las manos, recibían el mismo espíritu de Moisés. Desde ese momento, pasaban a formar parte del magisterio infalible de la institución judía. Su palabra y sus sentencias tenían el mismo valor que la palabra de Dios. Son, por tanto, personas de gran peso, prestigio e importancia en la sociedad. Su papel era más importante que el del rey o que el del mismo sumo sacerdote.

“*Se presentó a Jesús este doctor de la ley, se puso en pie para tentarlo...*” Y aquí ya el evangelista nos hace comprender en qué dirección se orienta el episodio. El verbo “*tentar*” aparece en este evangelio solamente dos veces: aquí y en el episodio de las tentaciones en el desierto, cuando es atribuido al diablo. A través de esta técnica literaria de combinar dos términos, bien conocida en aquella época, el evangelista nos quiere dar a comprender que aquél que debía dar a conocer al pueblo la voluntad de Dios era, en realidad, el diablo. Quienes se presentan como doctores de la ley no son más que instrumento del diablo porque ellos, con este despliegue de conocimientos no pretenden honrar a Dios, sino solamente a sí mismos.

Así pues, se puso en pie a fin de tentarlo. Su acción es desleal, llena de insidias, propia del diablo, y dice:”...*Maestro...*”. Notad el modo de hablar diplomático: el escriba se dirige a Jesús hipócritamente llamándolo Maestro. ¿Qué significa Maestro? Es alguien que enseña y su persona presupone la de otro que desea aprender de él. Pero el escriba no está dispuesto a dejarse instruir. Él lo interroga para tentarlo, para controlar si la doctrina de Jesús está en línea con la enseñanza ortodoxa. Estos doctores de la ley están siempre alerta, siempre vigilantes, ya que apenas escuchan una voz que no está en sintonía con la suya propia deben intervenir. Le pregunta entonces: “*¿Qué he de hacer para obtener la vida eterna?*”. Pero lo cierto es que Jesús nunca ha hablado de la vida eterna, ésta no le interesa para nada. El escriba desea comprobar si Jesús cree o no en ella y cuáles son los instrumentos para obtenerla.

Jesús nunca trata espontáneamente sobre la vida eterna, no es un argumento que le interese. Él ha venido a modificar radicalmente la vida aquí en esta existencia terrena, y una vez modificada aquí en esta vida, la misma adquiere una cualidad tal que se hace indestructible y, por tanto, eterna. Pero Jesús, repito, no habla nunca de vida eterna. Los únicos que se dirigen a él preguntándole sobre la vida eterna son las personas que están muy bien situadas en la sociedad, los ricos, los que ostentan el poder o los doctores de la ley. A la pregunta del escriba Jesús responde: “*¿Qué está escrito en la Ley?, ¿cómo lo lees?*”. Jesús toma distancia, porque aquello que el doctor deseaba saber estaba ya escrito en su ley, esa que Jesús siempre llamará “*vuestra ley*”. Esta persona no ha hecho más que estudiar la Ley durante toda la vida. Por Ley se entienden los primeros cinco libros de la Biblia, que contenían el mensaje de Moisés, de la alianza. Pero Jesús no solo pregunta qué está escrito, añade además: “*¿Cómo lo lees, qué entiendes al respecto?*”. Es una ironía tremenda. No basta conocer la Escritura, es preciso comprenderla bien. ¿Cuál es la diferencia? Se puede conocer la Biblia de memoria, es posible incluso estudiarla día y noche, se puede predicar sobre ella, pero aún puede ser que no se comprenda.

¿Por qué puede suceder esto? Porque – y ésta será una característica de Jesús – solo quien orienta la propia existencia hacia el bien de los demás, solo estos

comprenden la Escritura. Así pues, si no existe una orientación de la vida hacia el bien de los demás y el bien de los demás no es considerado el valor absoluto de la propia existencia, entonces la Biblia no se puede comprender. **Para Jesús no hay ningún valor más importante que el bien del otro.** Cuando al bien del otro se le añade o antepone una verdad, una doctrina, es preciso estar atentos porque se corre el riesgo de que antes o después dichas verdades o doctrinas se vuelvan contra el individuo y en nombre de los principios se haga sufrir a la persona. Para Jesús no hay verdad más importante que el bien del hombre. Si a la base de todo existe esta orientación precisa, la Escritura se comprende. De lo contrario, no se comprende.

Y en efecto Jesús pregunta: “¿*Qué entiendes, cómo lo lees?*” Y el doctor de la ley respondiendo dice: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente*”, éste es un trozo del libro del Deuteronomio, y añade un precepto tomado del libro del Levítico, “*y a tu prójimo como a ti mismo*”. El doctor de la Ley responde presentando el vértice, el máximo de la espiritualidad hebrea que es un amor total, absoluto al Señor Dios: corazón, alma, fuerza y mente. El amor al prójimo, por el contrario, es relativo: amarás al prójimo como a ti mismo, así pues, un amor que es diferenciado: el amor a Dios es total, el amor al prójimo es relativo. Este es el máximo de la espiritualidad hebrea, no es palabra de Jesús. Es preciso evitar la confusión que a veces se comete. Estamos hablando aquí del judaísmo, no de la comunidad de Jesús.

En la comunidad de Jesús la enseñanza acerca del amor aparece expresada en el capítulo 13 del evangelio de Juan con estas palabras: “...os doy un mandamiento nuevo...”, y aquí el término “nuevo” significa “mejor”, nuevo en el sentido de calidad. Jesús, de forma paradójica, ordena la única cosa que no puede ser ordenada: querer bien, amar. Un ser humano puede exigir u ordenar casi todo, obteniendo obediencia, sumisión, servicio, pero no puede ordenar a nadie que le ame. Ni siquiera puede hacerlo el más poderoso del mundo, ya que la opción de amar a alguien pertenece a la intimidad de la persona, intimidad en la que – afortunadamente – nadie puede entrar sin ser invitado.

¿Por qué, entonces, Jesús emplea el término “mandamiento”? En realidad, lo hace para contraponer su enseñanza a los mandamientos de Moisés. “*Amaos unos a otros como yo...*”, y no dice Jesús “*como yo os amaré*”, lo que podría hacer pensar en el amor total del futuro sacrificio y don de la cruz. Dice, en cambio, “*como yo os he amado*”, es decir, se refiere a una acción cumplida en el pasado, con antelación. ¿A qué nos estamos refiriendo? El capítulo 13 del evangelio de Juan comienza con esta expresión: “*Jesús, estando reunido con los suyos, los amó hasta el extremo y les lavó los pies...*” Así pues, “*como yo os he amado*” significa como yo os he servido. Este es el mandamiento, el único que existe dentro de la comunidad cristiana, que no quiere decir vivir un amor a Dios total y un amor al prójimo tal como nos amamos a nosotros mismos, sino que indica amarnos mutuamente, de forma recíproca, como él nos amó, o sea, poniéndose a nuestro servicio. No hay amor si no se expresa en el servicio concreto.

En cualquier caso, el “doctor de la ley” responde así: “...amarás a tu prójimo como a ti mismo”, con un amor, por tanto, que es relativo, y Jesús le dice: “*La respuesta es ortodoxa*”. Mirad, era el doctor de la Ley el que había interrogado a Jesús, pero en realidad había sido al contrario: Jesús le había interrogado a él. Por eso dice: “*Haz esto y tendrás vida*”. El doctor de la Ley le había preguntado qué hacer para tener la vida eterna. Jesús en su respuesta, en cambio, no trata de la vida eterna. Intenta más bien

hacerle comprender si la vida que lleva pueda llamarse realmente vida. Pero el escriba no está dispuesto a salir derrotado de un debate público con Jesús, a quien consideraban loco y blasfemo. Y por eso, a fin de justificarse a sí mismo, no cesa en su insistencia y continúa adelante con su comportamiento inquisitorial. Pregunta ahora: “¿Y quién es mi prójimo?”.

La idea de prójimo en el mundo hebreo no coincide con el concepto posterior cristiano que indica “toda persona”. En la época de Jesús se debatía profusamente la cuestión de quién era el prójimo, y había visiones distintas de las cosas:

- a) una interpretación más restrictiva del tipo: “el prójimo es aquél que pertenece a mi mismo clan, a mi familia”;
- b) otra lectura más amplia sostenía que el prójimo es cualquiera que habita dentro del confín de Israel;
- c) por último, la más amplia de todas afirmaba: el prójimo es también el extranjero que habita dentro de los confines de Israel.

En definitiva, el concepto de prójimo en tiempos de Jesús no era unívoco, admitía variedad de interpretaciones. Por ello, si el escriba hace esta pregunta en su deseo de justificarse, se deduce que él se posicionaba por una interpretación restrictiva. Y esto da pie a la aparición de una verdadera perla de los Evangelios, la *Parabola del Samaritano* (Lc 10, 25-37), que Jesús narra a fin de responder al doctor de la ley.

Jesús toma de nuevo la palabra: “*Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...*”. Jerusalén está situada a 810 metros de altitud sobre el nivel del mar, mientras que Jericó, lugar de destino de este hombre, se encuentra a 258 metros bajo el nivel del mar. Son apenas treinta kilómetros de distancia, pero con un gran desnivel de más de 1000 metros, pasando por desfiladeros inaccesibles en una zona tórrida, en la que se siente la falta de aire, de difícil recorrido, “...y cayó en manos de salteadores que lo despojaron de todo”, y lo dejaron moribundo. Era el escenario habitual de las emboscadas. Jesús, pues, habla de un hecho de crónica diaria: “... lo golpearon y después se marcharon dejándolo medio muerto”.

No hay escapatoria. El hombre acabará muriendo, a menos que en este camino solitario aparezca una buena persona que le dé una mano. Cuando leemos los evangelios, debemos ponernos siempre en la piel de quien lee o escucha esa página determinada por vez primera; a menudo, sin embargo, condiciona y limita nuestra percepción el hecho de que conocemos más o menos los evangelios y recordamos bien cómo continúa el episodio. Por eso, conformándonos con una lectura superficial, no prestamos atención a los artificios literarios que el evangelista emplea con el fin de suscitar la atención del lector. Así pues, dejemos ahora a un lado lo que creemos saber y pongámonos en la actitud de alguien que desconoce el desenlace de la historia.

Sigue diciendo Jesús: “*Casualmente...*” o sea, de forma inesperada, providencialmente, un sacerdote bajaba por aquél sendero. ¡Qué fortuna! No podía aparecer una persona mejor. El pobre desventurado que ha quedado medio muerto ha tenido realmente suerte: sale a la escena un sacerdote que no subía, sino que descendía por aquél camino. Este es un detalle importante. Jericó era una ciudad habitada por sacerdotes los cuales, periódicamente, según su turno establecido, subían a Jerusalén para pasar una semana en el templo, sirviendo el altar. Para ello, debían ser espiritualmente puros, por lo que cada día se sometían a ritos de purificación y

oraciones. Nuestro sacerdote, tras haber ejercido por una semana el servicio divino es una persona pura, o sea, plenamente en contacto con Dios. De una persona así se podía esperar mucho para aliviar la situación del moribundo.

Pero resulta que “*habiéndolo visto.....*”, aquí se esperaría una rápida solución al problema, he aquí que nos encontramos con una ducha fría: “*...se fue por otra parte*”. ¿Qué ha sucedido? ¡Lo ha visto y se ha marchado por otra parte! ¡Es inexplicable! ¿Será que se trata de un hombre cruel, un hombre sin sentimientos? Nada de eso: es un sacerdote, un hombre de Dios. Pero ¿cómo puede ser que un hombre puro, lleno de Dios, reaccione de ese modo frente a un necesitado? Bien, recordemos lo que había dicho el escriba en su respuesta: “*El amor que se debe dar a Dios es total y absoluto, el amor al prójimo es relativo*”. El evangelista, pues, nos está presentando un dilema que siempre se puede encontrar en la vida del creyente. Cuando existe un conflicto entre la observancia de la ley de Dios y el bien del hombre, ¿qué es lo que se ha de observar? Si observo la ley de Dios, seguramente podré causar sufrimiento a la persona. ¿Qué he de hacer entonces? ¿El bien de la persona? Pero si se elige el bien de la persona se ignora o se viola la ley de Dios. Aceptar una de las dos propuestas conlleva la anulación de la otra. No son posibles los compromisos: hay que optar por una u otra.

El doctor de la ley lo había dicho: “*Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas*”. El amor hacia Dios ha de ser total. El amor al prójimo, en cambio, equivale al que la persona tiene hacia sí misma. Entre ambos no hay parangón posible. El amor a Dios absorbe toda la persona, es inmediato y total. El amor al prójimo es relativo: te amo como me amo a mí, pero dado que yo soy limitado, este amor será también limitado. Así pues, para el escriba no queda ninguna duda: entre la observancia de la ley de Dios y el bien del hombre se escoge la ley de Dios. Observando la ley de Dios se contribuye también al bien del hombre. El sacerdote que pasa de largo piensa exactamente igual. No alberga duda alguna. Pero ¿por qué, habiendo visto al hombre moribundo, pasa de largo? Porque para él el respeto a la ley es mucho más importante que el bien del hombre. ¿Y qué significa aquí respetar la ley de Dios? En el libro del Levítico se prescribe que el sacerdote no deberá convertirse en un ser “*inmundo*” por el contacto con el muerto o un herido. No puede acercarse ni tan siquiera al cadáver del propio padre o de la propia madre, pues quedaría impuro.

En este episodio tenemos a un sacerdote que no es que vaya a Jerusalén desde Jericó. ¡Al revés! Vuelve a casa tras haber pasado varios días entre incienso, santidad, pureza..., pero al toparse con un moribundo no sabe reaccionar. No es una persona insensible, no es un ser cruel. Es algo peor que eso: es una persona imbuída de la mentalidad religiosa ritual que todo desvirtúa. Las personas religiosas son lo peor que se puede encontrar en la existencia, porque la observancia de la religión las hace inhumanas. El caso es que para acercarse a Dios, el hombre se ha de alejar de sus semejantes. La religión es inhumana porque es atea y hace a las personas ateas. Atea significa sin Dios, ya que en la religiosidad ritual el hombre se separa de los demás para elevarse y encontrarse con Dios. Pero, por el contrario, Dios desciende con Jesús para encontrar a los hombres. Si uno sube y otro baja, nunca se produce el encuentro. Cuanto más sube la persona más se aleja de Dios.

En este pasaje, el evangelista está denunciando una ley nociva que en realidad funciona como un veneno, porque neutraliza las respuestas normales de amor que la persona debería tener en relación a los demás. No es necesario ser “un sacerdote” o “una

persona religiosa”, basta con tener un mínimo de sensibilidad, porque viendo a una persona que tiene necesidad de ayuda lo normal es intentar ayudarla y eliminar su sufrimiento. En cambio, para una persona sumida en la conciencia religiosa ritualista no sucede así porque la observancia de la ley de Dios está por encima del bien del hombre. Este sacerdote cumple el mal convencido de estar haciendo el bien, y no cumple el bien para no incurrir en un error. ¡Es tremendo!

“*Del mismo modo también un levita...*”. Los levitas eran los miembros de la tribu de Leví, eran los encargados de todo aquello que tenía que ver con el cuidado del templo. También de ellos se suponía siempre el estado de pureza ritual. Pero “*...pasando por allí lo vio y se fue por otra parte*”. El evangelista es atroz y despiadado en esta denuncia que hace; está presentando a las personas religiosas como más peligrosas que los bandidos. Los bandidos hieren, ¡pero las personas religiosas dejan morir! Están tan absorbidas por el respeto a la ley de Dios que no se percatan de que dicha ley causa sufrimiento a los individuos. **La novedad clamorosa que Jesús trae consigo es que cada vez que existe una colisión entre la ley de Dios y el bien del hombre para Jesús no hay lugar a dudas: elige siempre el bien de las personas.**

La Parábola no ha concluido aún. “*Un samaritano que estaba de viaje se le acercó*”. El tercer personaje en ser presentado era el peor que se pudiese imaginar: Jesús introduce en el episodio a un samaritano. Con los dos primeros al menos había alguna esperanza de que el desgraciado hombre pudiera recibir ayuda, pero con el samaritano no había nada que hacer. ¡Todo se había acabado! La suerte estaba echada.

¿Quiénes eran los samaritanos en el contexto social de aquella época? El samaritano era el enemigo del pueblo de Israel, un herético, un endemoniado impuro; siempre que se encontraban judíos y samaritanos ocurrían incidentes, que muy a menudo terminaban con algún muerto de por medio. La situación, pues, era tremenda. Todo hacía pensar que el samaritano daría el golpe de gracia sin piedad al moribundo. Del samaritano no se podía esperar nada bueno. Pero he aquí la categoría literaria del evangelista, el golpe de artista del teólogo: “*...y habiéndolo visto, tuvo compasión*”. Esta simple frase es una revelación extraordinaria en la teología. El verbo “*haber visto*” unido a la expresión “*tener compasión*” es una terminología usada en el Antiguo Testamento exclusivamente para indicar una función de Dios, mientras que en el Nuevo Testamento se usa solo para Jesús. Se trata, por consiguiente, de una acción divina. El caso es que los hebreos distinguen entre tener compasión y tener misericordia. **Tener compasión es una acción divina, con la cual Dios restituye la vida a quien no la tiene. Tener misericordia es una acción humana, con la que se ayuda a una persona que se halla en dificultad.**

Así pues, referida a los hombres se emplea la expresión “*tener misericordia*”, mientras que para Dios, por el contrario, se usa “*tener compasión*”. Esta última expresión aparece en este evangelio en tres ocasiones. Además de este episodio, la encontramos cuando Jesús encuentra al hijo de la viuda de Naín que es conducido al cementerio, y leemos que Jesús tuvo compasión y devolvió la vida al muerto. Una tercera vez se halla en la parábola en la que el padre del “*hijo pródigo*” ve desde lejos al hijo y tiene compasión, es decir, restituye la vida a este hijo que para él estaba muerto. *Tener compasión* jamás era atribuido a una acción o a un sentimiento de una persona. La única vez que sucede es precisamente en el caso de este samaritano, que es de por sí

un herético, endemoniado, alejado de Dios, pero que a la hora de la verdad es la única persona que se comporta como Dios: “...tuvo compasión”.

El evangelista está indicando algo extraordinario, una enseñanza que cambia radicalmente el concepto de creyente. ¿Quién es el creyente? Para el mundo excluyente de la observancia religiosa, el creyente es aquél que obedece a Dios cumpliendo a rajatabla sus leyes. En este caso, el sacerdote es el creyente por excelencia, porque concede mayor importancia al amor de Dios y cumple las normas de la ley. Pero con Jesús el concepto de creyente cambia por completo. Jesús enseña que **el creyente es aquél que se asemeja al Padre, practicando un amor similar al suyo**. No se trata ya de obedecer una ley, sino de hacerse semejante en el amor. La ley divide a los hombres entre observantes y no observantes. El amor no divide, el amor une a todos porque puede ser observado por todos, incluso por aquellos cuya conducta moral, religiosa o sexual son consideradas excluidas de la acción de Dios, o sea, los más alejados de Dios.

En este episodio, Jesús no podía encontrar una persona más alejada de Dios: “*un samaritano*”. El samaritano, la persona juzgada como la más alejada de Dios, es el único que se comporta como Dios mismo. El caso es que observando la ley de Dios por encima de todas las cosas se puede hacer daño al hombre. A veces, en efecto, se hace sufrir a las personas. Jesús toma distancias respecto a la ley divina. Él solo actúa movido por el bien del hombre, mostrando el amor del Padre. Son las autoridades religiosas las que se mueven impulsadas por las leyes divinas, que, en realidad, no son más que un contenedor vacío, lleno tan solo de su arrogancia y de sus pretensiones. ¿Y cuál es la prueba de que esto sea así?: ellos nunca invocan la ley de Dios cuando es a favor del bien de las personas, sino solo cuando es a favor de la propia institución.

Entonces, “*el samaritano lo vio y tuvo compasión*”. El evangelista presenta ahora las acciones de un *delincuente (el samaritano)* contrapuestas a las acciones del sacerdote y el levita. “*Se le acercó, vendó sus heridas, derramó aceite y vino y lo montó en su propia cabalgadura...*” El trayecto de montaña que seguía el samaritano era un recorrido sinuoso, que por regla general los viandantes hacían montados en un asno. El samaritano, sin pensárselo, ¡cede a un desconocido el propio medio de transporte! El bien de este pobre hombre desconocido es más importante que su propio bienestar. Cediendo su cabalgadura a un extraño y conduciéndolo hasta una posada, el samaritano se coloca en la posición de siervo. Hace como Dios, que se pone al servicio de los demás. “...*Y se hizo cargo de él. Al día siguiente sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciéndole: Hazte cargo de él...*”. Se repite por dos veces la idea de hacerse cargo del pobre hombre moribundo, contraponiéndola con la doble repetición de la actitud del sacerdote y del levita de pasar de largo ignorándolo. “...*Y cuanto gastes de más te lo pagaré a mi regreso*”. Es un amor completamente gratuito, completamente incondicionado, un amor que no tiene en cuenta los méritos de la persona, sino solo y exclusivamente sus necesidades. Mientras que en el mundo cerrado de la religión el amor de Dios depende de los méritos de la persona, con Jesús el amor de Dios es atraído no por dichos méritos, sino por las necesidades, que son comunes a todos.

Y he aquí la pregunta: “*¿Cuál de estos tres crees que se comportó como prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?*”. Pero aquí Jesús le da la vuelta a la pregunta. Primero el escriba quería saber quién es su prójimo. Inquiriéndolo, buscaba comprender los límites de su amor, hasta dónde habría de abarcar su amor. En cambio, Jesús no dice quién es su prójimo, dice quién se ha hecho prójimo del moribundo. O sea,

su pregunta es de dónde ha de partir el amor. Jesús no menciona ningún límite, va más allá de fronteras. **El prójimo para Jesús no es aquél que debe ser amado, sino aquél que ama. Lo que cuenta no es el objeto a amar, sino el sujeto que es invitado a amar como Dios mismo lo hace.** De hecho, las palabras de Jesús son: “¿Cuál de estos tres crees que se comportó como prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?”. La respuesta que nos esperamos oír es: “el samaritano”. Pero la estrategia de Jesús conduce a un resultado tan escandaloso para el doctor de la Ley que éste rechaza pronunciar la palabra odiada “samaritano”, y en su respuesta dice: “Aquél”, y usa un término muy despreciativo. Tendría que haber dicho “el samaritano”, pero lo evita y dice solo el pronombre demostrativo.

Recordad que Jesús primero ha dicho: “*Lo vio y tuvo compasión*”. Pero él escriba no tolera que un individuo, y pecador por si fuera poco, pueda comportarse como Dios mismo. Entonces dice simplemente: “*Ese, aquél que tuvo misericordia de él*”. Y responde Jesús: “*Ve y haz tú también lo mismo*”. Jesús, pues, le despidió animándole a hacerse prójimo de los demás, o sea, a orientar la propia vida hacia el bien ajeno y hacer que el amor se traduzca en servicio a todos. Serán, sin embargo, palabras que se lleve el viento, porque la siguiente vez que encontremos en el Evangelio a los doctores de la ley, los veremos de nuevo en pie de guerra contra Jesús, siempre debido a esa ley que quieren defender a ultranza: para ellos, la ley de Dios es más importante que el bien del hombre. Hablamos de un episodio que tiene lugar en la sinagoga y que les coloca ante un dilema. Se trata de un hombre con un brazo paralizado, en cuya presencia se desata la polémica: ¿hay que observar la ley o es lícito curar al hombre? Cualquiera persona de sentido común estaría de acuerdo con la curación del enfermo, pero las personas religiosas, que se colocan a menudo más allá del sentido común, se oponen, porque en sábado no se podía realizar acción alguna. Como veís, las palabras de Jesús “*ve y haz tú también lo mismo*” no producen resultado.

En esta Parábola hemos visto cómo Jesús cambia de raíz dos conceptos importantes: el concepto de prójimo (**prójimo no es la persona que es amada, sino la persona que ama, el sujeto del que parte el movimiento de amor que alcanza al otro**), y el concepto de creyente (**el creyente es aquél que se parece a Dios, al practicar un amor semejante al suyo; no importa si no cree, si no reza o no observa, lo importante es la actitud que tiene en relación a los demás. Quien quiera que actúe amando, ése es el verdadero creyente a los ojos de Dios**). En la religión, el pecado es la violación de un código de normas. Con Jesús, el pecado se refiere a la persona, es el mal concreto que haces a los demás. El Evangelio nos recuerda siempre la enseñanza de Jesús, en la que el valor más decisivo es el bien del hombre. Si a dicho bien le sobreponemos una verdad, una doctrina, un dogma, antes o después se acabará infligiendo algún daño al hombre en nombre de esta verdad.

LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

Analicemos, ante todo, el contexto en el que se encuentra enclavada la parábola: cuando en el Evangelio de Juan uno de los discípulos, Felipe, solicita a Jesús: “*Muéstranos al Padre y nos basta*”, Jesús le responde: “*Felipe, hace tanto tiempo que estoy aquí contigo y ¿no has comprendido que quien me ve a mí ve al Padre?*”. Jesús

está explicando lo que el evangelista Juan en los últimos compases del Prólogo al Evangelio había formulado de manera técnica, teológica, usando a tal fin una importante expresión a tener siempre en cuenta cada vez que leemos el Evangelio: “*A Dios nadie lo ha visto nunca*”. Y esto lo escribe de forma categórica: solo el Hijo es la revelación del Padre. Así pues para Juan nadie ha visto nunca a Dios. Sin embargo, esta afirmación contradice de por sí a la Sagrada Escritura, porque en la Biblia se lee que Moisés se encontró cara a cara con Dios. Y lo mismo se afirma de Elías. Pero Juan no está de acuerdo. Él sostiene que nadie ha visto a Dios. Entonces, de ser así, ¿cómo pudo Moisés expresar al pueblo la voluntad de este Señor que él mismo no había visto y que, por tanto, no conocía?

El evangelista nos invita a llevar a cabo una operación preliminar antes de adentrarnos en los recovecos del Evangelio: toda imagen que tengamos de Dios, proveniente de las tradiciones religiosas, de las devociones, a menudo también de las supersticiones o de los temores de los hombres, cualquier imagen que no coincida con lo que ha dicho y hecho Jesús ha de ser eliminada, porque se trata de una imagen equivocada o incompleta. Jesús le dice a Felipe: “*Quien me ve a mí ve al Padre*”. ¿Qué quiere esto decir? **No quiere decir que Jesús sea como Dios, sino que Dios es como Jesús.** En otras palabras, y para clarificar estos términos que pueden resultar farragosos: **Jesús no es como Dios. Si afirmo que Jesús es como Dios estoy diciendo que conozco de algún modo a Dios.** No, no es que Jesús sea igual a Dios. ¡Dios es igual que Jesús!

Por tanto, todo aquello que se ha escrito sobre Dios, todo lo que conocemos acerca de los atributos de la divinidad ha de ser puesto entre paréntesis. Si nuestros conocimientos corresponden a lo que manifiestan las acciones y enseñanzas de Jesús, entonces ha de ser aceptado y mantenido. De lo contrario, si nos aleja de él, si se orienta en una dirección divergente, entonces debe ser abandonado sin más. Así pues, para comprender quién es Dios hemos de centrar toda nuestra atención en Jesús. Y nuestro drama como cristianos es que conocemos escasamente a Jesús. Cuando finalmente llegamos a conocerlo adecuadamente, cambia la relación del hombre con el pecado y con Dios.

En todas las religiones, Dios amenaza a los pecadores con el envío de castigos. Dios y los pecadores se encuentran en las antípodas; en las creencias religiosas de los pueblos, el hombre culpable de pecado debe proceder a un determinado camino de conversión si desea obtener el perdón. Como decíamos antes, el camino es el siguiente: el hombre peca, entonces se debe arrepentir (ésta es, pues, la condición), debe reconocer arrepentido y denunciar la culpa que ha cometido, luego ha de ofrecer un sacrificio para reparar esa culpa y solo al final de todo este proceso le es concedido el perdón. Jesús, en quien se manifiesta la plenitud de Dios, se comporta de una manera bien distinta. Él se disocia de este esquema, tanto es así que llega a escandalizar a las personas religiosas, a esas personas pías y devotas que llevan adelante su vivencia religiosa en una relación con Dios basada en el mérito. Ellos saben todo cuanto Dios puede hacer o dejar de hacer, lo que piensa o deja de pensar, y, sobre todo, para estas personas es preciso hacerse merecedor del amor de Dios con el propio esfuerzo, y no aceptan a un Jesús que, por el contrario, enseña y demuestra que el amor de Dios no es preciso merecérselo, sino solo acogerlo como un regalo gratuito, porque el Dios de Jesús no mira los méritos de las personas, sino que es atraído únicamente por sus necesidades, a las que desea responder con su amor.

Nos preguntamos por qué el Dios de Jesús no tiene en cuenta el criterio del mérito en su relación con las personas. La respuesta es bien sencilla: si Dios mirase los méritos de la gente, su atención recaería solo en una porción reducida de personas, porque no todos pueden ni quieren tener méritos que ofrecerle a Dios. Pero bien distinto es si el Señor se fija en los necesitados: no hay nadie en el mundo, ni una sola persona que no necesite de su amor. En esta línea, Jesús se siente atraído por algunas personas que son rechazadas por los que se consideran religiosos, los píos y devotos. Hablamos de los pecadores.

Pero según la tradición hebrea, era necesario mantenerse alejados de los pecadores al menos dos metros. Era preciso evitarlos, no siendo posible contactar con ellos ni tan siquiera para invitarles a la conversión. Antes bien, se rezaba a Dios para que los destruyera. Imaginemos, pues, el escándalo provocado por Jesús cuando no solo no los evita, sino que va decididamente a su encuentro. Y Jesús no invita a la conversión, al arrepentimiento, ofreciendo sacrificios para obtener por su medio el perdón de Dios, más bien hace como si el pecado no existiese. Lo trata de una manera completamente nueva.

Dicho esto, en 15,1-2 encontramos: *“Se le acercaban todos los publicanos y los pecadores para escucharlo. Los fariseos y los escribas...”*. Los escribas son los doctores de la ley. ¿Quién son los fariseos? El término fariseo significa separado. Es un laico que se separa del resto de la gente, mediante un estilo especial de vida lleno de oraciones, sacrificios, ofrecimientos. Es la élite espiritual del pueblo. *“Dicen que éste...”*. Notad el desprecio: evitan nombrar a Jesús, y posteriormente se convertirán en los asesinos de Jesús. Todos ellos murmuraban diciendo: *“Este acoge a los pecadores...”* y además los acogía sin exigirles que cambiaran su estilo de vida. Esto realmente resultaba escandaloso para ellos porque, además, *“...come con ellos”*.

Para comprender la alarma que asalta a las personas pías es menester situarse en la cultura hebrea, en la que el almuerzo era compartido por todos los miembros de la familia, comiendo todos en un único plato. Si había una persona infectada entre los comensales, es evidente que su infección se transmitía al plato y todos contraían la infección. Si uno de los comensales era un pecador, su impureza contagiaba a todos. Por esto denuncian a Jesús: él también está contagiado al comer con los pecadores. Ellos no han comprendido la novedad que Jesús trae consigo: para ellos, el hombre pecador no es digno de acercarse al Señor. Pero esto es aberrante porque aleja a muchos de Dios. Solo el mismo Dios podía transformar la situación de pecado del hombre, pero el caso es que, precisamente por ser pecador, no le estaba permitido acercarse al Señor. Pensad bien qué aberración tan atroz cometían: condenaban a la gente a vivir sin ninguna esperanza.

Las personas que vivían en pecado estaban sumidas en una profunda desesperación, ya que para ellos no había vía de escape, no había modo de salir de dicha situación. Tenían que purificarse para ser dignos de acoger al Señor. Pero Jesús, afortunadamente, demuestra exactamente lo contrario en su enseñanza y en la práctica cotidiana: **“no es cierto; acogedme y si me acogéis seré yo quien os purifique; no sois vosotros quienes debéis purificaros para ser dignos de acogerme”**. Esto suponía un auténtico terremoto, era darle la vuelta por completo al planteamiento de la ley. De algún modo, podemos decir, Jesús anima a las personas a cometer un sacrilegio para acoger su amor.

Contamos con numerosos episodios del Evangelio que clarifican este punto. Pensad en aquella mujer aquejada de una desagradable enfermedad venérea, con flujos continuos de sangre desde hacía doce años, que la mantenían en un estado de impureza. Ella se introduce entre la multitud y, oculta en mitad de la misma, “... *se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto y de inmediato el flujo de sangre se detuvo*” (Lc 8, 44). Estaba prevista la pena de muerte para una mujer infectada que tocara a una persona sana. Si Jesús hubiera sido una persona pia, religiosa, tendría que haberla reprendido seriamente: “¿Cómo te atreves torpe mujer, enferma, infectada, a ensuciarme a mí, el Santo de Dios?”. Aquello que a los ojos de la religión es considerado un sacrilegio, a los ojos de Jesús es considerado un gesto de fe. Por el contrario, Jesús se da la vuelta y dice: “*¡Ten ánimo, hija, tu fe te ha salvado, vete en paz!*” (Lc 8, 48).

Jesús, por tanto, ante esta acusación de ser una persona impura, dirige esta parábola precisamente a los escribas y fariseos, o sea, a las personas espirituales y religiosas, a todas aquellas que creen ser merecedores del amor de Dios. ¡Personas todas ellas que pertenecen a un grupo de gente que viven un gran drama! Pensad en el final de sus existencias, en el momento en que se encuentren con el Señor cara a cara y le digan: “He sacrificado toda mi vida por ti, he renunciado a muchas cosas, me he mortificado repetidamente”, y el Padre eterno les replique: “Pero, hijo mío, ¿y yo cuándo te pedí que obraras así?, ¿cómo se te ocurrió hacer eso?”.

Antes de la parábola del “*hijo pródigo*” encontramos otras dos parábolas, la de la “*oveja perdida (Lc 15, 4-7)*” y la de la “*moneda perdida (Lc 15, 8-10)*”, en las que Jesús anuncia la gran alegría que experimenta Dios por la acogida de un pecador. En esta parábola, del capítulo 15 de Lucas, Jesús presenta en el versículo 11 el preámbulo y las motivaciones de la misma: “*Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo al padre: <Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde> Y el padre dividió entre ellos el patrimonio*”. Así pues, para el hijo pequeño el padre está ya como muerto, no lo considera una persona viva. Solo le pide el dinero, su parte de la herencia. Bien, el padre acepta su deseo y divide la herencia, dándole una mayor cantidad al hijo mayor, porque así estaba estipulado. “*...Pocos días después, el hijo menor recogió sus pertenencias y se puso en marcha hacia un país lejano*”.

Esta expresión de “país lejano” indica que el hijo no solo abandona a su padre, sino igualmente deja atrás la religión de los padres. Va a un mundo de paganos idólatras. Y allí echa a perder su patrimonio viviendo de forma disoluta y desordenada. A partir de esta expresión se entiende que se trata de un muchacho incapaz de llevar a buen fin sus propósitos, es una persona inmadura, que no sabe gestionar correctamente su vida. Las prisas por poseer le llevan a despilfarrar en seguida sus bienes. Y cuando surge una época de grave carencia alimentaria en ese país, se percata de no poseer nada, ya que ha considerado los bienes como la cosa más importante. Ahora se encuentra sin nada y comprende no ser nada.

La denuncia del evangelista Lucas, que es el que más toma en consideración el tema de los ricos y de la riqueza, **es que el rico se fija solo en el dinero; si tiene dinero se cree alguien importante, pero si carece del mismo pasa a no ser nadie**. Es lo que experimenta el hijo que ha malgastado su herencia, y que se pone al servicio de uno de los habitantes de aquella región. Ha abandonado a su padre y encuentra ahora un dueño, él que en casa era el dueño de los bienes. Ahora está al servicio de otro, que le envía a

cuidar los cerdos. Este joven ha ido descendiendo gradualmente, hasta llegar al escalón más ínfimo de la cultura social del hebreo, *cuidar cerdos*, no tanto por el oficio en sí, sino porque, de acuerdo con la Biblia, el cerdo es un animal impuro. Este joven, pues, ha caído en el abismo de la depravación del embrutecimiento: se ha convertido en siervo y en bestia entre las bestias.

Habiendo dejado a su padre y a Dios se encuentra ahora sumido hasta la médula en la impureza. “...*anhelaba llenarse el vientre de las algarrobas que comían los cerdos, porque nadie le daba nada*”. Es tratado como los animales, o aun peor, porque a estos se les daba de comer, cosa que él debe buscar por su cuenta. Según la tradición, el castigo de Dios a los pecadores se manifestaba precisamente en la falta de ayuda. Dice el libro del Sirácide: “*Dale a Dios y no ayudes al pecador, beneficia al mísero pero no seas generoso con el impío*”. Encontrarse en necesidad, así pues, indica que es maldito de parte de Dios. Y ahora, una vez que ha alcanzado el máximo de la degradación, escribe el evangelista, “*Pensó para sí: ¿cuántos empleados de mi padre nadan en la abundancia de pan, mientras que yo muero por esta carestía?*”. El muchacho comienza a reflexionar, pero piensa siempre en su propio beneficio. Dice “*me estoy muriendo de hambre*”, y este término morir se repite hasta tres veces para indicar que se trata de una muerte real, completa.

“...*Los empleados de mi padre tienen comida abundante*”, este hecho permite comprender que el padre era generoso y no trataba a los siervos como tales. En la cultura oriental hebrea los empleados eran tratados con mucho rigor, pero no es éste el caso. El evangelista continúa con su relato y dice ahora: “...*Me alzaré y volveré a mi padre*”. Para entender bien esta parábola hay que tener en cuenta que el personaje regresa a su casa no porque esté arrepentido, de hecho, no encontramos ninguna alusión al dolor que le había ocasionado a su padre, no tiene ningún remordimiento por el sufrimiento que ha causado. La única razón de su vuelta es el hambre: no echa de menos al padre, sino a la comida. Decide, pues, volver por su propio interés. A veces se presenta a este muchacho como modelo de conversión y arrepentimiento. Nada más lejos de la verdad: en todo lo que hace le mueve solo el propio interés egoísta.

“*Volveré a casa y le diré: Padre, he pecado contra el cielo...*”, pecar contra el cielo significaba pecar contra Dios y ser borrados del libro de la Vida, “...*y contra tí. No soy digno de que me llames hijo tuyo, trátame como un empleado tuyo*”, porque conforme al orden jurídico de aquella época, habiendo recibido la parte de herencia que le correspondía, no tenía ya derecho a ser considerado hijo. Y es bien consciente de ello, por lo que solicita solamente ser admitido como un trabajador más a sueldo. Comienza aquí de forma progresiva la revelación de quién es Dios. Recordad que a Dios nadie lo ha visto jamás, solo Jesús nos lo ha revelado. Con esta enseñanza, Jesús muestra quién es Dios y cómo se comporta hacia el pecador.

En la tradición religiosa común a los distintos credos, Dios está en el templo, y es el hombre quien debe dirigirse hacia él para humillarse, solicitar perdón, ofrecer un sacrificio que le merezca el perdón de sus culpas, etc. Pero el padre de Jesús actúa de forma bien distinta. El evangelista continúa adelante con su relato: “*Y poniéndose en pie volvió a su padre. Todavía se encontraba lejos de la casa cuando su padre lo vio y tuvo compasión...*”. Recordad lo que decíamos ayer a propósito del samaritano que ve maltrecho al hombre que ha sido víctima de una emboscada y tiene compasión de él. Ésta es la tercera vez que en este evangelio aparece la expresión “vio y tuvo compasión”. Repito que “tener compasión” es un término técnico con el que se indica una acción

divina, una acción que restituye la vida a quien no la tiene. Entonces, el padre lo vio cuando aún estaba lejos y se le acercó “*corriendo...*”. Este es otro término desconcertante y os explico el por qué. En el mundo oriental los ritmos de la vida no son iguales que los nuestros. Allí no existe la prisa, no se entiende que la gente corra para hacer algo, todo se hace con más calma, más serenidad. Es cierto que son pobres de dinero, pero son ricos de tiempo. Nunca corren, es más, el correr está considerado como un acto de mala educación, y en el caso de una persona adulta – como es este padre que nos ocupa – es un acto de deshonor. Sobre todo, si corre para ir a encontrarse con un inferior – como es el caso de un hijo en dicha cultura –, resulta un deshonor impensable.

En esta parábola, Jesús nos está diciendo que para el padre el ansia y el deseo de devolverle el honor al hijo (pues éste lo ha perdido: recordemos que trabajaba dando de comer a los cerdos) es más importantes que el propio honor. El padre no duda en perder su honor con tal de que su hijo lo reencuentre. Se puede entrever en este episodio una similitud del inmenso amor de Jesús, hijo de Dios Padre, igual al Padre, que no duda aceptar el deshonor de la muerte en la cruz por amor hacia los hombres. Así pues, retomando el hilo de la parábola, es el hijo – como inferior que era – quien debía correr hacia su padre y no viceversa. Pero desde el momento que el hijo ha decidido volver al seno del padre, es éste quien dejando a un lado todas las costumbres, leyes, tradiciones, normas establecidas, etc, toma la iniciativa y va a su encuentro. No se ofende, no muestra enfado por los desvaríos del hijo, sino que corre a su encuentro.

Y el padre, llegando donde estaba el hijo, se le echa al cuello y (aquí cabría esperarse cualquier acción violenta de venganza, pero dice, en cambio) “... *lo besó*”. El evangelista se remonta ahora al primer gran perdón que aparece en la Biblia, y que tiene que ver precisamente con un conflicto motivado por una herencia: la rivalidad entre dos hermanos. La Biblia contempla la herencia siempre desde un punto de vista negativo y crítico. La herencia es un producto altamente tóxico con el que los padres envenenan la vida de sus hijos, porque si uno deja una herencia significa que ha acumulado bienes, y si así lo ha hecho quiere decir que no ha sido generoso, por lo que se trata en definitiva de algo tóxico, que produce desavenencias y conflictos. La herencia es una forma sutil de venganza con la que los padres pretenden castigar a sus hijos, porque aun cuando dividan los bienes de forma equitativa siempre habrá un hijo que argumente tener más derechos que los demás por haberles servido mejor. Es algo constante: la herencia siempre hace que surja odio entre los hermanos, enemistad y divisiones. Para Jesús, la herencia es fruto de la avaricia y de la voracidad, conductas éstas que alejan de Dios. El episodio al que nos referimos es el siguiente: Isaac tiene dos hijos. El primogénito, al que correspondía la herencia, es Esaú y el segundo, Jacob. Un día Jacob, aprovechando la ausencia de su hermano Esaú, y sirviéndose de la ceguera de su padre, hace creer a Isaac que él era el hijo primogénito y obtiene de él toda la herencia, escapando al instante de la escena. Esaú lo persigue y le plantea batalla, con un ejército muy superior. Jacob comprende que ha llegado su fin. Y, en efecto, Esaú lo alcanza, le agarra por el cuello, y “...*lo besó*”.

El beso en la Biblia es expresión del perdón. Esaú ha perdido la herencia, pero su corazón generoso es más grande que el corazón lleno de avaricia y avidez del hermano y es capaz de perdonarle. Lo que dice aquí Jesús vuelca al revés por completo la mentalidad del mundo religioso: en éste, el hombre pecador debía pedir perdón a Dios, solicitar su benevolencia ofreciendo sacrificios para obtener el perdón. Aquí el padre se acerca al hijo y antes aún de que el hijo pudiera abrir la boca “*se le echó al*

cuello y le besó”. Lo ha perdonado. Pero, ¿no tenía que arrepentirse y pedir perdón?, ¿no tenía que ofrecer un sacrificio, dar pruebas de su arrepentimiento? No, el Padre no hace así. **Dios Padre perdona antes de que se le pida el perdón. Por eso, los evangelios dan a entender que la cosa más inútil es pedir perdón a Dios. Jesús nunca invita a los pecadores a pedir perdón. El caso es que Dios no tiene que perdonar porque no se siente ofendido. Dios es amor y concede su amor a todos, independientemente de su conducta.** Pero si es verdad que Jesús nunca invita a pedir perdón a Dios, **insistentemente invita a los hombres a pedir perdón a los demás. El perdón de Dios se hace eficaz cuando se traduce en amor hacia los otros.**

Sin embargo, el hijo no se fía de este amor sorprendente que el Padre le muestra. No se esperaba una acogida de este calibre. Él, como cuidador de cerdos, era un ser impuro, por lo que esperaba que le fuera impuesto un castigo de purificación antes de abrazar al Padre, pues de lo contrario su propia impureza podría contaminar al Padre. Pues bien, el deseo del padre de amar al hijo, de hacerle comprender el alcance de su amor es más grande que su propia pureza. El padre se hace impuro a los ojos de la gente para devolverle la pureza a su hijo. Pero éste no se fía y dice: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra tí, no merezco ser llamado hijo tuyo...”*. La frase que el hijo pensaba decirle al padre concluía así: *“...por eso, trátame como a uno de tus asalariados”*. Pero el padre le deja con la palabra en la boca, no le permite pronunciar la segunda parte de la frase, y le demuestra cuánto lo ama. El evangelista quiere darnos a entender que el encuentro entre el hombre pecador y el Señor no humilla ni envilece al hombre, lo que destaca aquí es la formidable grandeza del amor del Padre. No es el pecador quien debe hablar, sino el padre. No es Dios quien ha de escuchar al pecador, sino éste quien debe prestar sus oídos a las palabras de Dios para descubrir la enormidad de su amor, que tal vez hasta ahora desconocía.

Y, de hecho, la parábola continúa: *“Pero el padre dijo a los sirvientes: aprisa, traed las mejores vestimentas y engalanadlo”*. No se trata simplemente de un cambio de atuendo, no dice *“traedle un traje limpio”*, dice *“traedle el mejor vestido”*. En aquella época las vestimentas costaban mucho, constituían un lujo, tanto que si el rey deseaba premiar a uno de sus oficiales, o bien subirle de rango, le concedía el mejor vestido. En el libro del Génesis, cuando José es reconocido como inocente, el faraón le restituye su cargo de administrador de la corte diciendo: *“Lo revistió con un atuendo de lino finísimo”*. Esto es lo que hace el padre con el hijo que regresa: ¡le da un premio! Se diría que ha perdido la cabeza: premia y devuelve el honor a este inconsciente, derrochador, incapaz, otorgándole mayor autoridad aún que la que tenía antes de marcharse.

El segundo gesto que cumple el padre no es menos sorprendente, en verdad propio de uno que no está en sus cabales. Pese a que el hijo no ha sabido administrar en absoluto su parte de la herencia, el padre ordena: *“ponedle el anillo en su dedo...”*. ¿A qué viene esta alusión al anillo? En aquella época no había lógicamente tarjetas de crédito ni cuentas bancarias. Cuando los señores querían adquirir alguna mercancía usaban el anillo que tenía grabado el sello de su linaje, lo imprimían en una tablilla y éste era el equivalente de la tarjeta de crédito. Solo el dueño de la casa o el administrador podían hacer uso del anillo. Pues bien, a este hijo inconsciente el padre le confía todos sus bienes y posesiones. Solo un loco haría algo así. Cualquier persona razonable habría esperado durante un tiempo prudencial para comprobar si el alocado hijo merecía tal confianza. En cambio el padre no hace así: le otorga una confianza mayor aún que antes de marcharse de su lado. Nosotros no sabemos cómo acaba la

parábola. No se nos dice si este hijo inconsciente hizo un mal uso de la autoridad sobre los bienes que le había sido conferida. Ciertamente el padre corría un riesgo grande al confiar en él. Pero el padre quiere hacer comprender al hijo que no solo no ha perdido su confianza, sino que tiene una certeza absoluta en su fidelidad.

Y no acaba aquí la historia: “...y calzadle las sandalias”. Cuando había un luto o sucedía una desgracia, una expresión para indicar condolencia era descalzarse. Este hijo era considerado muerto, ahora ha vuelto a la vida y las sandalias son una indicación de vida. Pero, sobre todo, recordemos que el muchacho había pensado decirle al padre: “*No soy digno de ser tratado como hijo tuyo, trátame como a uno de tus asalariados*”. Pues bien, en las casas solo los cabezas de familia llevaban sandalias, los otros iban a pies desnudos. El hijo pródigo desea volver a casa descalzo, como un empleado, pero el padre le invita a volver como dueño, no como servidor. Este es el significado de las sandalias.

Pero aún hay más. Sigue todavía este sorprendente relato: “*Traed el cordero más grande de todos, el cordero cebado, sacrificadlo, comamos y hagamos fiesta*”. En aquella época solo raramente se comía carne y solo en ocasión de festividades religiosas. Pues bien, para aquél padre el regreso del hijo equivale a una fiesta religiosa. Ese cordero que servía para honrar a Dios, ahora el padre lo toma para honrar al hijo, porque dice: “*Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido reencontrado. Y comenzaron a hacer fiesta*”. Y ahora entra en escena el protagonista de esta parábola: recordad que la parábola fue pronunciada para los fariseos y los escribas, las personas religiosas que critican fieramente a Jesús; ellos no toleran que Jesús, que Dios se acerque a los pecadores, ya que ellos han establecido una separación entre Dios y los pecadores.

El protagonista, así pues, es el personaje que ahora aparece en la escena. “*Entonces su hijo mayor...*”, el término mayor en griego se dice presbítero: los presbíteros eran los componentes del sanedrín, que era el máximo órgano jurídico de Israel, aquellos que emitían las sentencias. Así pues, en la figura del más anciano, el evangelista representa precisamente a los escribas y fariseos: “*...estaba en el campo. Y cuando se acercó de regreso a su casa oyó la música, los bailes, y preguntó a los sirvientes qué estaba sucediendo*”. Es bien extraño el comportamiento de este hijo mayor: vuelve a su casa, que era un lugar de duelo y aflicción, una casa triste siempre, como había dicho el padre, por haber perdido al hijo pequeño. Ante la algarabía y el ruido que procede de la casa, el hijo mayor tendría que haber comprendido en seguida que sucedía algo extraordinario. Pero no se apresura por ir a ver qué ha sucedido; al revés, queda bloqueado. Es un personaje tétrico, la viva imagen de las personas de cerrada mentalidad religiosa que son incompatibles con la alegría. Siempre tienen la cara seria, el semblante triste porque ponen todo su empeño en hacerse merecedores del amor de Dios, y quieren hacer ver a los demás la dificultad de su empresa, el mérito que están acumulando.

“*El siervo le respondió: < Ha vuelto tu hermano y tu padre ha ordenado preparar el cordero más grande, el cordero cebado, porque ha vuelto sano y salvo >*”. Ahora que ha conocido el motivo de la algarabía y de la fiesta, tendría que correr y abrazar a su hermano. “*Pero entró en cólera y no quiso entrar*”. A la alegría desbordante del padre corresponde la rabia del hijo mayor, a la alegría de Jesús de estar con los pecadores, deseoso de contagiarles el amor de Dios y eliminar lo que les hace

impuros, corresponde la rabia de las personas pías y religiosas, aquellas que quieren hacerse merecedoras del amor de Dios y no toleran que dicho amor sea concedido a quien no ha hecho méritos para ello. Pero el amor sobrepasa la justicia, el amor es generosidad.

Así pues, “*no quiso entrar. Su padre salió y le rogaba que entrase a la fiesta.*” El padre tiene hacia ambos hijos idéntica actitud. No se comporta como si fuera el amo, pues es él quien sale al encuentro. De por sí, tendría que esperar a que el hijo entrase, pero no, es él quien sale al encuentro y convoca, ruega. Se nos dice, en efecto: “*Le rogaba*”. Pero él respondió a su padre (y aquí el evangelista presenta con trazos tremendos el retrato de la persona religiosa) “*Pero él respondió a su padre: < Yo estoy a tu servicio desde hace muchos años...>*”, ¿pero qué dice?, ¿acaso no es él el hijo, el heredero, el dueño de todo? Recordad lo que dijo Jesús al inicio de la parábola: el padre divide su propiedad entre sus hijos, pero sin embargo él, que es el mayor, no tiene una relación de hijo con su padre, sino de siervo. Esto es lo que impone la religión vacía: una relación entre siervos y amos basada en la obediencia. Jesús, por el contrario, propone una relación entre hijos y padre basada en la semejanza de su amor. El hijo mayor es un siervo que obedece al padre, pero no acoge su amor. Es más, se lamenta del padre: “*...nunca me has dado una cabra para hacer fiesta con mis amigos*”. Él esperaba una recompensa por su conducta. El evangelista está aquí denunciando que la religión produce personas infantiles, inmaduras.

A la queja del hijo mayor el padre responde: “¡pero si todo esto es tuyo! ¿Es necesario que te lo dé? He dividido mis bienes entre mis dos hijos, el descerebrado que ha desperdiciado todo y tú”. Uno que todo ha desperdiciado, y otro que no hace uso de la herencia recibida. Aquí el evangelista nos quiere hacer comprender la estupidez supina, el patetismo de las personas apegadas al ritualismo religioso que obedecen a la ley, pero que no son autónomas y se mantienen infantiles e inmaduras. Siempre necesitan un padre al que remitirse, un padre del que depender, del que esperar una recompensa y a quien recurrir como responsable ante los propios comportamientos equivocados. Esto es propio de personas infantiles, pero Jesús precisa contar con personas maduras, capaces de ir adelante asumiendo los riesgos y las responsabilidades.

Y continúa el hijo: “*Pero cuando este hijo tuyo...*”, notad aquí un rasgo característico también de nuestras familias cuando se discute a causa de los hijos. Cuando se trata de echar una reprimenda, siempre se dice que el hijo es del otro cónyuge: ¡tu hijo! Cuando se trata de enorgullecerse por ellos, por el contrario, se dice que es el propio hijo.... Aquí sucede lo mismo: en vez de decir “*Cuando mi hermano*”, dice “*Cuando tu hijo ha devorado tu patrimonio con las prostitutas...*” Y ¿cómo lo sabe?, ¿de dónde saca que se haya dedicado a alternar con prostitutas? En la parábola, de hecho, hasta ahora no se ha hablado de ello. Jesús ha dicho que ha despilfarrado el patrimonio viviendo de forma disoluta, pero no ha dado detalles. De nuevo aparece un rasgo típico de las personas adormecidas por la religión: se creen con derecho a juzgar la vida de los demás. Les ciega su supuesta santidad y se convierte en una viga metida en sus ojos que deforma la realidad. ¡Creen saberlo todo!

“*Ha echado a perder el patrimonio con prostitutas, y ahora que ha regresado ordenas sacrificar para él el cordero cebado*”. Y el padre le dice tiernamente: “*Hijo mío...*”, literalmente podríamos traducir con “*niño mío, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas*”. El padre siente una profunda tristeza porque el hijo no ha

comprendido esta verdad, o sea, que todo lo suyo le pertenecía y por ello no precisaba darle nada. Conocéis el evangelio de Mateo, la parábola llamada “de los talentos”, en el capítulo 25, 14-30. Un señor marcha de viaje y entrega una suma de dinero desproporcionada a sus funcionarios, y cuando regresa les pide cuentas de ella. Al que recibió 5 y obtuvo otros 5 le dice: “*Toma, recibe una parte de lo que me pertenece*”, es decir, se trata de una persona generosa. Llega entonces aquél a quien le había dado 1 y dice: “*Tuve miedo de ti porque recoges donde no has sembrado y recolectas donde no has arado, por miedo escondí bajo tierra lo que me diste*”. No es verdad que este jefe sea duro y despiadado: es un amo extremadamente generoso que dona en abundancia a los suyos y les hace partícipes de la gestión de su entero patrimonio. De Dios se nos dice, pues, que desborda de generosidad. Una falsa imagen de Dios ha paralizado la vida del individuo. “Tenía miedo de ti, por eso oculté lo que me diste. Aquí está, tómallo”. El miedo hacia Dios puede llegar a paralizar a las personas.

Y sigue diciendo el padre: “Es necesario ahora hacer fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo...”, recordad que el hermano mayor había dicho “hijo tuyo” pero el padre dice “hermano tuyo” “...estaba muerto y ahora ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado”. Así pues, Jesús dirige esta parábola a cuantos se escandalizan de que no evite el contacto con los pecadores, sino que vaya a su encuentro, o sea, los mismos personajes que hemos visto al principio: los doctores de la ley, los fariseos, los sacerdotes. Jesús con su mensaje invierte radicalmente el camino que ha de recorrer el penitente: la religión postulaba el siguiente recorrido: hombre, pecado, arrepentimiento, acusación de las propias culpas, ofrecimiento de un sacrificio, y, al final, el perdón de Dios. Jesús, en cambio, parte desde el final: él perdona y este perdón puede – en la mayoría de los casos – producir el arrepentimiento, la transformación de la persona, “vino nuevo en odres nuevos”. **No es que el hombre deba arrepentirse para obtener el perdón de Dios. Jesús dice: Dios te ha perdonado, haz que este perdón produzca un cambio, una orientación nueva a tu existencia, un cambio radical de mentalidad.**

Esta parábola, pues, nos hace comprender muy bien la relación existente entre el padre y los seres humanos, y nuestra relación con las culpas. Decíamos antes que la religión se inventó el pecado. Si no existiera la religión, el hombre nunca imaginaría que determinadas conductas no sean del agrado de Dios, es decir, que sean motivo de pecado. La religión expresa esto a través de un código, el código de la ley. Y establece una serie de pecados que ningún ser humano normal consideraría como tales, como, por ejemplo, merecer la muerte por caminar determinado número de pasos en sábado, o cometer una falta grave por comer carne los viernes. Jesús se distancia de este tipo de mentalidad. **El pecado no es para él la transgresión de una ley, sino un comportamiento malvado con el que se hace daño a los demás.** Conviene subrayar el concepto de comportamiento dañino, porque el pecado no existe en relación a Dios, sino en relación a las otras personas. Y, de hecho, cuando él enumera **las doce conductas que constituyen materia de pecado, ninguna de ellas tiene que ver con el culto, ni con la religión, todas hacen referencia a las otras personas.** ¿Cuáles son estas conductas malvadas con las que el hombre se daña a sí mismo?: **1. Prostitución**, que significa mucho más que vender el propio cuerpo, o sea, **venderse por dinero, por ambición, por el éxito, a fin de obtener un beneficio propio a costa de los demás.** Así que podéis imaginar cuántas prostituciones existen en el mundo del trabajo, de los negocios y también de la familia; **2. Robos; 3. Homicidios; 4. Adulterios; 5. Avaricia**, amontonar para sí mismo de forma egoísta, dañando a los otros; incluso los más devotos se cierran a Dios y se alejan de Él si se apegan al dinero y a las cosas; **6. Maldad; 7.**

Engaños; 8. Impureza; 9. Envidia; 10. Calumnia; 11. Soberbia; 12. Estupidez, que es colocada al final para que resalte y se recuerde mejor. Es la única culpa de la que no he escuchado acusarse a nadie en mis 30 años de experiencia del sacramento de la reconciliación. Habéis podido comprobar cómo en esta enumeración, elaborada personalmente por Jesús, no hay ningún pecado que tenga que ver con nuestra relación con Dios.